

# Don Quijote de la Mancha

AÑO I

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

Núm. 5

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

En la capital al mes..... 1 peseta  
Fuera de la Capital trimestre..... 3 pesetas

Anuncios y comunicados á precios convencionales

DIRECTOR-PROPIETARIO

**D. EMILIO BERNABEU Y NOVALVOS**

CIUDAD-REAL 16 DE JULIO DE 1902.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

CALATRAVA, 19

SE PUBLICA

LOS MIÉRCOLES Y SÁBADOS

## GENTE NUEVA

Despejémosnos por un instante de prejuicios y de aficiones políticas particulares. El tiempo realiza su obra á despecho de las voluntades humanas, y pasan las épocas, se extinguen los poderíos, se arruinan las grandezas, y todas las excelssitudes terrenales se rinden más ó menos tardíamente bajo la abrumadora pesadumbre de la edad, sin que se logre nunca la ilusión de ver convertidos en eternos los impérios y en permanente la duración de los méritos personales.

Tiene todo lo humano sus períodos de crecimiento, de plenitud y de inevitable decadencia. Los verdoros constantes no se dan en la vida, y el árbol robusto, al pasar de los años, arruga su tronco, pierde raíces; sin savia encuentran, antes de morir, sin hojas, y en vano las auras primaverales sacuden las ramas escuetas que, faltas de jugo, tienen al fin que inclinarse mortecinas hacia la tierra, donde el hacha del leñador las hiero.

Si en todas las actividades de la existencia humana es indispensable la plenitud del vigor, en la política se siente por modo más preciso su necesidad. La política es arte de hombres maduros; ni tan jóvenes que se arrebaten, ni tan caducos que desfallezcan. Para dirigir las batallas, buenos son los generales muy experimentados; pero al frente de los cuerpos de ejército y mandando los batallones hacen falta jefes de vigor, capaces de unir sus bríos con los de la masa de soldados que, impelidos por la juventud y por el entusiasmo, mueven en la lucha con la vertiginosa intrepidez que facilita el triunfo.

Piensen muchos que gran parte de la evidente torpeza de la actual política española tiene por causa el cansancio, el desgaste de nuestros hombres públicos. Pasan los años y ellos quedan. Ruedan los tronos, estallan las revoluciones, surgen poderes novísimos, se derrumban después apenas erguidos, se restauran las instituciones que parecían derrotadas, se modifican las leyes, y los prestigios son siempre los de antaño. La transformación no toca á las personas, y en las Cortes, salvo algún caso particular, resuenan ahora las mismas voces elocuentes que agradecieron á nuestros padres, y en las esferas del Gobierno disponen las mismas inteligencias que hace seis lustros dirigían la vida oficial.

Así resulta que en la política española el papel más lucido es el de secundón. Perpetuándose en la notoriedad los sobresalientes, no queda el paso franco más que para los medianos, y se alejan de la vida pública muchos caracteres que acaso guardarían en gérmen la facultad de producir á su patria los beneficios de una regeneración ansiada por el país. La gente política nueva no brilla en ninguna parte; pero no aparece porque no se la llama, ó no se la llama porque no existe? Si careciésemos, en verdad, de gente nueva, culpa sería en término primero

de los antiguos que no supieron preparar sucesores para sus empresas; pero si bien se mira, la falta mil veces lamentada de prestigios no discutidos ni probados es puramente teórica, porque cuando ni en qué ocasión se facilita el renuevo de que tan necesitada se halla la política española?

Aquí se premian más los años de servicio y las probadas sumisiones que el verdadero valer. Se cierra el paso á los que llegan y se envía siempre á la retaguardia y á la ociosidad de las guarniciones interiores, precisamente á quienes se encuentran mejor apercebidos para las desubiertas y para combatir en las trincheras, y después cuando se agotaron los ímpetus juveniles, y los espíritus perdieron la virginidad del entusiasmo, sube el que sube más cargado de escepticismos que de iniciativas fecundas.

¿Que hay excepciones?... Las hay; pero nosotros lamentamos la falta de una regla general. Excepciones sí, las conocemos. Quien sigue de cerca á caudillos afortunados entra en el campamento cogido de la cola del caballo que monta el protector. Quien tiene audacia suficiente para reirse de conveniencias y para burlarse de obstáculos suele imponer su nombre. Pero ¿por qué pedir al favor y al atrevimiento lo que debiera conceder la justicia?

Bastante se ha hablado de los muchos hombres que consume la política francesa; pero en verdad que, mal por mal, preferible es el de que los personajes duren poco al de que se petrifiquen. Las flores duran el espacio de una mañana, pero son flores y tienen aroma y vida; las momias duran siglos pero sólo sirven para perpetuar los restos de la muerte.

Las convulsiones de la política francesa dan ocasión á que las iniciativas se renueven, y así puede ocurrir que imprima dirección al gran pueblo un hombre como Hanotaux, joven, recién llegado casi al palenque, y aún ocurre también que las grandes caídas de altos prestigios no amedrentan, porque al derrumbarse unas figuras, otras se elevan para continuar las realidades y no extinguir las esperanzas.

Si, la política en España no tiene hombres nuevos, y los necesita. No basta confiar en las ideas, porque ¿qué poner estatutos macizas y hermosas sobre pedestales arruinados?

## Dudas que matan

A TU AMIGO

El hombre vive, el momento dura.  
Hoy vive la mente que los cron.  
Se perdirá en la visio popular?  
Nunca en Ana.

¿Que el alma es vil materia que perece?  
¿Que inútil es que el alma lloro y rece  
en busca de perdón á sus agravios?  
¿Que todos, todos, ignorantes, sabios,  
pobres y ricos, cuantos son y han sido  
hallan la nada á sus postres latido?  
¡Jamás! No; no lo creo,  
que si exacto eso fuera,  
cual otro encadenado Prometeo,  
de ira y dolor la humanidad muriera.  
Lamento tu extravío  
te compadezco (pobre amigo mío)

Busca la luz, y ciego en tus anteojos,  
¡Deliras...! ¡tú deliras!  
Si este valle en que gimes y suspiras,  
rudo calvario de dolor y llanto,  
es única mansión que el alma habita...  
ni Dios fuera Dios santo,  
ni jamás su bondad fuera infinita.

Aparta, pues, de tí tan torpe idea.  
Deja que el alma, ya contricta, crea  
en el Dios que ofendiese en tu locura;  
en ese Dios cuya bondad proclama  
del sol la ardiente llama  
y de la noche la tenaz negrura;  
en ese Dios inmenso,  
Dios de paz, de aventura, de alegría,  
cuyo eternal incienso  
le rinde noche y día  
el Universo todo en su armonía.

¿Dudas aún? Tu duda traicionera  
sembrará de dolor tu vida entera.  
Huirá de tí la calma,  
la dulce placidez de la existencia,  
y torturada sin cesar tu alma,  
maldecirá á Dios y á tu conciencia:  
hasta que consumado por la duda,  
venido en lucha ruda,  
caiga tu cuerpo inerte...  
¡y ojalá que apiadado de tu suerte  
ese Dios, compasivo sin medida,  
te redima al infierno de tu muerte,  
teas el atroz infierno de tu vida.

RICARDO CLARET.

## VOCES LEJANAS

Preñero *esto*, vago, indistinto, que ni yo mismo sé lo que es, á las odiosas realidades que nos rodean.

No es asunto, ni quiero que lo sea; es algo mejor, porque es vida; es una relampagueante y luminosa sucesión de emociones, sentidas por una retina generosa, fundidas en un corazón que se conmueve todavía.

Que nadie pregunte á dónde voy á parar; mi ideal literario sería reproducir la existencia como la siento, como aparece, indifinida, loca, agironada, triste, sin recortes y sin líneas, tan misteriosa en su fin como intensa y sugestiva en sus dolores...

Y para esto todo es asunto, todo es motivo, todo es objeto; basta el zumbor de la vida, que estremece el cráneo; bastan cien mil gritos, que se funden en el estruendo de la calle; la voz que canta, la voz que gime, la voz que susurra. ¡La gran sonata de la carne! ¡Todo el poema del dolor fundido en el idioma! Sinfonía de notas que lloran, de notas que ríen, de tonos que acarian, de acordes que rugen; la gran voz de la tierra debe confundirse en el espacio en un estremecimiento de sollozo, de hipo agónico, de queja formidable.

Desde lo alto debe oírse un largo ¡ay! estallante y sostenido, como el triste retumbo de las olas en la barra; fusión de cien quejillas obscuras cantadas en el sotabanco, gritadas en la corriente, gemidas en los negros camastros de la Inclusa.

La voz larga y quejumbrosa que hiende las yermas llanuras de nuestros campos, desgranado un cantar en la hondonada del barranco; la voz de su-

prema angustia, escapada del alma sangrienta de *Cansera*, que atraviesa la planicie árida y reseca con su amargo sudor de Cristo...

Todos los pasos del *Via-crucis* humano, acompañados del acento, cristalizados en la palabra, en la blasfemia y en la copla...

¡La voz del hombre! Es algo como una sangría del espíritu...

Una tarde roja caía sobre la inmensa plana de La Mancha, campo desolado, hendido por un tren de carrera loca, que parecía marchar á la ventura.

Por las ventanillas de aquel tren, que galopaba con estremecimientos de fiera opresa, salía un tumulto de voces resonantes y alocadas.

Era una caterva de jóvenes, de niños todavía; habían *caído quintos* en el sorteo, y volvían á la aldelucha natal volcando su pena nerviosa en una botra chera de vino y cantares...

Lejos todavía del pueblo, las canciones de los muchachos quintos oscilaban entre las truhanerías del cuartel y las arrogancias del guapo; ¡eran todos más barbiantes que el mismo Dios!... Y en aquel tumulto, en aquel aturdimiento de cantorios, amorosos, audaces, pícaros, como guifos de un mozo de cuadra, la musa popular vertía á torrentes sus olores de bodegón y sus bizarrías de garito...

Bien pronto aquel tren, que volaba, invadió el término de la aldea; empezaron á verse desde luego los cerretes conocidos, aquellas alturas con falda de raso verde, la tropilla de álamos sobre el regato con espejos de acero, la *ladera* de esmeralda y de felpa, adormilada como una criolla á la sombra de las *carraçasas*...

Los ojos, enrojecidos por el vinazo, habían visto aquello, y los cantares eran otros; lentamente invadía el vagón resonante un soplo de tristeza, de memorias, de euna...

Y la jota audaz, la malagueña flamenquilla, el epigrama rufanesco, se trocaron, no sé como, en armonías balbucientes, arrulladoras, lentas... en algo que era un beso de la madre, una ternura del recuerdo, una marinón en el pelo de la mozuella...

Y ya todo el convoy discurría muy despacio por entre dos valladitos casi familiares, enajados de amapolas y de mariquillas blancas... cuando el cantar de todos los héroes se convirtió en un charloteo de niños jugando en el campo, libres de todos.

La montaña está lejos;

no hay quién la pase. ¡Pumi!

Paró el tren implacable; saltaron todos; cerró los ojos.

Oí en el andén voces y gritos.

—¡Sordool!

—¡Hijo del alma!

—¡Dito sea un divél...

Y me alejé sin mirarlo.

¿Para qué ver aquello? ¿Para qué oírlo? Era vulgar y desgarrador, como todo. ¡Eterna sinfonía de voces que cantan, de notas que lloran, de acordes que rugen!

¡La gran sonata de la carne! ¡Todo el poema doloroso fundido en el idioma!